

formalmente monarquía electiva, la nobleza era señora absoluta del país, pues que el rey, elegido por todos los nobles que tenían derechos absolutamente iguales, no era mas que un funcionario nombrado por la nobleza, la cual á cada nueva eleccion de rey arrebatada á la corona mas y mas privilegios por medio de los *pacta conventa* hasta que la corona y su representante quedaron rebajados á meros juguetes de los magnates. Esta organizacion de Polonia tan primitiva era en el fondo la misma que en Alemania; solo que los príncipes, magnates y señores alemanes se sobrepusieron por una causa ú otra á sus intereses particulares, mientras la nobleza polaca quedó completamente encerrada en la esfera de los intereses de sus individuos. De este modo, mientras los magnates robustecían su poder en Polonia, perdía este reino su carácter de entidad política. En Alemania los señores grandes y pequeños que dependían directamente del Imperio eran los representantes de éste á manera de una confederacion; pero en Polonia componían el reino todos los nobles grandes y pequeños desde los dueños de dilatados territorios hasta los nobles pobres que apenas poseían una mala choza.

La corona hubiera debido aplicarse á levantar las capas inferiores de la sociedad para darles el carácter de miembros de la nacion, en lugar del que tenían de meros siervos, ó á lo mas extranjeros, y reuniendo á estas clases en estamentos, habria podido fundarse en Polonia una nacion política y la corona elevarse por encima de la anarquía de la nobleza; mas para esto no tuvieron los reyes de Polonia, y mucho menos el rey Segismundo, ni energía, ni voluntad, ni poder. Así sucedió que las ciudades inermes estaban á la merced de la nobleza arbitraria; su comercio, industria y prosperidad disminuyeron rápidamente, perdieron su jurisdiccion, y el elemento alemán se retiró de ellas cada vez mas. La poblacion rural, cuya situacion era entonces tan lamentable en toda la Europa, se hallaba en Polonia en condiciones únicamente aplicables á irracionales. Para el campesino no habia ni rey ni reino de Polonia; no habia mas autoridad que el noble de su aldea ó en su lugar su administrador ó arrendatario. El campesino polaco era un esclavo abyecto, y como los esclavos nunca tienen patria y son siempre cosmopolitas, carecia de todo sentimiento nacional.

Al cáncer de la nobleza se agregó en el reino de Polonia el cáncer de los jesuitas, que conmovió los cimientos de la fuerza nacional, y con la abolicion de la tolerancia religiosa quedó entregada toda la nacion á la Iglesia y clero católicos.

Al principio de la época de cuya historia tratamos, Polonia y España eran los dos Estados mas poderosos de Europa: el uno en el Nordeste y el otro en el Sudoeste. Ambos Estados se encargaron de la mision de hacer triunfar el catolicismo, y cumpliendo esta mision ambos empezaron á bajar de su altura para caer irremisiblemente en la decadencia, de la cual hasta ahora no han podido levantarse (1).

Otra cosa muy distinta sucedió con la Suecia, que hasta muy entrada en el año 1611 disfrutó del gobierno duro y despótico, pero benéfico, de su rey Carlos IX. Mientras Segismundo apuró el vigor de Polonia en proyectos estériles de conquista sin detener por otro lado la decadencia interior, Carlos empleó su actividad principal en el desenvolvimiento interior de su reino, que apenas fundado habia sido presa de un constante desgobierno y que recibió en realidad solo de Carlos IX los primeros beneficios de un verdadero orden social y político. Este soberano restableció la corona

(1) La intolerancia religiosa era un mal gravísimo, según el autor, en Polonia, pero era un bien inapreciable en Suecia. (N. del T.)

á la cabeza del país y salvó la Suecia del desgobierno y anarquía de la nobleza que devoraba la Polonia, oponiéndose sin consideracion ni misericordia á todas las tentativas de la aristocracia para extender su poder político.

Al querer redactar por escrito el derecho público y la constitucion del reino sueco, hizo pedazos el rey el proyecto formado por el consejo del reino, porque se decia en dicho proyecto que el rey tendria obligacion de cumplir y obedecer cuanto el consejo juzgase útil á la corona y al reino. No se llegó, pues, á adoptar una constitucion escrita, pero Carlos tuvo bastante energía y poder para aplicar las disposiciones mas importantes de la constitucion proyectada (2). Organizó toda la administracion interior nombrando para ella funcionarios dependientes inmediatamente de la corona, dando así á su país una organizacion política como no la tenia entonces ningun otro país de Europa. Quedó suprimida toda la intrusion de los grandes feudatarios del reino en el gobierno del país, privando así á la nobleza de su jurisdiccion particular, y la clase media y labradora, admitidas en el gobierno y administracion, fueron las columnas principales de la nueva monarquía sueca. El rey fijó tambien el orden en la Iglesia según su conviccion personal, dándole por base la confesion de Augsburg y el catecismo de Heidelberg. Mejoró la administracion de justicia y organizó de nuevo la ley de sucesion en los territorios feudales, el servicio militar y el ejército. Tampoco descuidó el fomento de la prosperidad material de su país, y gracias á su solicitud el comercio y la industria, en especial la minera, tomaron un vuelo asombroso; fundó nuevas ciudades y las existentes prosperaron rápidamente. En varios de sus trabajos encontró ya adelantado mucho por su padre, pero en otros realizó ideas nuevas hijas de su genio propio, de su amor pátrio y de su voluntad férrea, sin olvidar al propio tiempo que quedaba por solventar la gran cuestion del Norte relativa al dominio del Báltico. En esta cuestion la posicion de Suecia era cada vez mas difícil, á medida que el estado se hacia mas independiente y mas poderoso. Era necesario estar siempre en situacion de defender con las armas la posicion política que la Suecia habia conquistado en el siglo XVI, respecto de lo cual dijo Carlos IX en cierta ocasion: «Los suecos tienen tres vecinos: los dinamarqueses, los polacos y los rusos. Con los dinamarqueses podemos vivir en paz, si les cedemos el escudo de armas que posee la Suecia legítimamente, es decir, las tres coronas y lo que poseemos desde antiguo en la Laponia; si les permitimos el libre comercio en nuestros distritos mineros, y no hablamos mas de las injusticias que nos han hecho desde la paz de Stettin. Con los polacos podemos vivir en paz inmediatamente, devolviéndoles á Pernaú y Dorpat y dejando el punto principal sin resolver, si bien hay que tener en cuenta lo que podría acaso ganar la Suecia con esto. Con los rusos podemos vivir tambien en buena armonía, si les cedemos á Narva, Reval y Viborg. Con esto duraría la paz lo que pudiese.»

Con la Polonia tuvo el rey Carlos que continuar la lucha; con Dinamarca entró en guerra al fin de su vida, y con la Rusia tuvo tambien guerra otra vez. Hasta mas allá de Europa se extendieron sus planes, al idear la formacion de una grande alianza contra el papado y contra la casa de Habsburgo, porque la cuestion del Norte le pareció una parte del gran movimiento político de su época. En 1599 propuso á la reina Isabel de Inglaterra la formacion de una gran alianza del Norte, ya que esta reina tenia un pro-

(2) Si la intolerancia religiosa hubiera sido la causa exclusiva de la decadencia de Polonia y España, todas las naciones de Europa y singularmente Inglaterra y Suecia hubieran decaído, porque todas fueron en su tiempo intolerantes. (N. del T.)

yecto análogo contra la política de España y Polonia; con Enrique IV de Francia entabló negociaciones confidenciales; entró en relaciones amistosas con el príncipe elector Federico V del Palatinado y con el landgrave Mauricio de Hesse, y excitó á los insurrectos holandeses, antes que decidieran su tregua con España, «á oponerse á la supersticion papista y á la ambicion española,» atendido que esto interesaba á todas las potencias, ofreciéndoles el auxilio de fuerza armada para el caso de que continuaran su lucha contra España. Carlos IX tuvo la sagacidad penetrante de los grandes políticos que abarcan y dominan lo presente, y cuya mirada penetra en la oscuridad del porvenir. Habia

puesto la Suecia á la altura de hacer un papel decisivo en adelante. No vió en la Dinamarca protestante ni en la Rusia cismática griega al enemigo que convenia vencer en primer lugar, sino en la Polonia, la potencia papista del Norte de Europa, emparentada con la casa de Habsburgo con la cual la unian además intereses comunes á ambas potencias. En resumen, Carlos IX comprendió que la mision europea de la Suecia era oponerse á la corriente polaco-habsburgo-ultramontana. La realizacion de esta mision dejó á su hijo Gustavo Adolfo diciendo, despues de poner su mano sobre la cabeza del jóven heredero del trono: «*ille faciet* (éste lo hará).»

LIBRO CUARTO

AVANCE DEL ULTRAMONTANISMO EN ALEMANIA

LA INVASION DE LOS JESUITAS

Volvamos ahora la vista á nuestra patria alemana.

Alemania se hallaba con su organizacion política completamente paralizada, y como colectividad nacional completamente muda é indiferente entre los dos grandes movimientos que agitaban la Europa en la segunda mitad del siglo XVI, á saber: entre la lucha en la Europa occidental por la supremacía española, y en el Norte por el dominio del Báltico. Mientras el peligro avanzaba hácia ella desde el Este y el Oeste, dividióse la Alemania, cada vez mas en rivalidades dinásticas y territoriales y en discordias religiosas, entre tres religiones.

Durante algun tiempo pareció estar destinada la Alemania á ser el baluarte y castillo fuerte de la fé protestante en el corazon de Europa, como era ya la cuna de esta fé. Hallábase, como hemos visto, en el mejor camino para expulsar todos los elementos católico-romanos y abandonar completamente al papado. La doctrina católica romana fué perdiendo continuamente representantes y propagadores, haciéndose para los alemanes cada día mas exótica y teniendo cada vez menos aficionados inteligentes. En las clases católicas dominaba la tendencia á hacerse protestantes, y el clero, cuya mision hubiera sido oponerse á esta tendencia, se conservó indiferente á la doctrina católica y á los preceptos de la Iglesia antigua. Muchos clérigos católicos vivían en el concubinato ó estaban casados secretamente. Este era ya motivo bastante para que Ignacio de Loyola fijara la vista preferentemente en la Alemania, en la cual vió el teatro mas principal para la lucha contra el protestantismo, al mismo tiempo que no se le ocultaba que en ninguna otra parte habia de ser la lucha más ruda ni más dudoso el éxito. Por eso justamente se resolvió á emprender esta lucha, pues las dificultades no le asustaron.

Es asombroso observar los medios y caminos que supieron encontrar los jesuitas con su astucia de serpiente para introducirse donde les convenia establecerse y donde podían

esperar el mayor éxito. Para penetrar en Alemania no predicaron las crueldades que la Inquisicion empleaba en los países del Mediterráneo, ni tampoco se valieron de la demagogia provocadora que habia suscitado en la Europa occidental revoluciones sangrientas y asesinatos: se presentaron con celo honroso por la salvacion de las almas y la civilizacion intelectual. Aquellos extranjeros procedentes de Italia, de España y de Flandes se mostraron en Alemania en extremo humildes y modestos, aprendiendo con mucho trabajo los rudimentos del idioma. Se introdujeron sin ruido, poco á poco, casi sin llamar la atencion, pidiendo solo albergue, medios de existencia modestísimos y permiso para enseñar y profesar la cura de almas. Con solo ser tolerados, se mostraron contentos.

Apenas fué confirmada su Sociedad por el Papa, se presentaron en Alemania cuando se extendía por toda ella el movimiento de reforma. Primero se presentó uno, luego dos y finalmente grandes muchedumbres. Pedro Le Fevre y Claudio Le Jay, saboyanos, y el español Bobadilla fueron los primeros jesuitas que entraron en Alemania, como compañeros del legado pontificio enviado á asistir á los parlamentos y discusiones religiosas de 1540 y 1541. Se mantuvieron enteramente reservados, observando únicamente, sondeando la situacion y el espíritu público, y procurando muy cautelosamente conquistar á algunos varones notables é importantes como Cocleo y Gropper. Sobre todo trataron de relacionarse con los obispos, y fueron bien recibidos por aquellos que eran mas adictos á Roma y que se encontraban en situacion mas precaria.

El primero que se entregó completamente á ellos fué el cardenal Oton de Truchsess, obispo de Augsburg, que en el concilio de 1546 se hizo representar ya por jesuitas. Tambien el cardenal Alberto, arzobispo de Maguncia, gran protector en su juventud de los estudios humanistas, se hizo en su vejez gran amigo de los jesuitas.

Mas importante triunfo fué el que alcanzaron captándose el favor de los dos príncipes mas poderosos que habian per-

manecido fieles á la religion antigua, á saber: el rey (1) Fernando de Austria y el duque de Baviera Guillermo IV, que veían con espanto como, á pesar de las medidas mas brutales, el catolicismo iba perdiendo continuamente adeptos en sus territorios, y que los estamentos, en su mayor parte protestantes, al acceder á las exigencias de su soberano pedían en cambio concesiones religiosas. Estos soberanos comprendían que su clero, desmoralizado é ignorante, era la causa principal de la desercion de sus súbditos de las iglesias católicas, y que por consiguiente era del todo incapaz de detener tal desercion. Por lo mismo saludaron con júbilo la llegada de los jesuitas que pedían una disciplina mas rígida del clero y que se ofrecieron á formar un núcleo de sacerdotes mas intruidos y mas morales.

Por lo pronto las relaciones que entablaron fueron principalmente personales, como lo eran tambien las que tuvieron con los soberanos de Austria y de Baviera; porque aquellos extranjeros, tan astutos como respetables, tan devotos como de principios sólidos y hijos, tan contentadizos personalmente como llenos de celo por la causa á la cual se habian dedicado, eran muy bien vistos en las cortes, y los soberanos los colmaron de distinciones para que no los abandonasen. Así fué que el rey Fernando y el duque Guillermo les ofrecían canongías y mitras; pero ellos, fieles á los estatutos de su orden, no aceptaron ninguna distincion personal que les hubiese ligado á un territorio determinado. Lo que querían era fundar establecimientos permanentes provistos de rentas para la órden, y no se los dieron al principio ni los señores territoriales ni los soberanos eclesiásticos. Así fué que desde su primera aparicion en Alemania pasaron cerca de diez años una vida mas ambulante y precaria que fija. Iban y venían, pero dejando siempre en todas partes rastros de su trabajo; y así la Alemania quedó imperceptiblemente inficionada de la ponzoña jesuitica (2).

Con el tiempo alcanzaron su objeto. Es digno de notarse que empezaron la lucha contra el espíritu protestante en el terreno en que este espíritu era mas fuerte, á saber: en el de la enseñanza é instruccion. Donde primero conquistaron terreno sólido fué en las universidades que estaban en primera fila en el movimiento protestante; así los encontramos primero trabajando en Ingolstadt, la única universidad considerable alemana en la cual dominaba todavía la tendencia católica antigua, si bien es verdad que esta universidad habia decaído mucho, pues por el año 1545 no habia en ella mas que un catedrático de teología, y cuando murió Juan Eck (1543), el antiguo adversario de Lutero, quedó la teología sin catedrático. A poco de haber muerto Eck, llegó Le Jay á aquella universidad y se encargó de aquella cátedra vacante; pero al cabo de poco tiempo se retiró, y entonces volvió el duque Guillermo á solicitar su regreso, á lo cual accedió Loyola dándole además de su propio impulso dos colegas notables, Salmeron y el jóven Pedro Canisio de Nimega (Guedres). Estos llegaron á Ingolstadt poco antes de morir el duque (1549), y luego empezaron sus trabajos con los mejores resultados, pues Canisio consiguió ganar el afecto personal de una multitud de estudiantes, y por mediacion de su protector el obispo de Eichstadt (canciller de la universidad) consiguió ser elegido rector de la corporacion. Todo marchó perfectamente; la universidad estaba á punto de ser transformada en sentido jesuita, y se habia prometido á los jesuitas el establecimiento de un colegio propio, cuando murió el duque.

(1) Es decir, rey de Romanos, heredero de la corona imperial. (N. del T.)

(2) La ponzoña que consistía en educar y moralizar al clero con astucia de serpiente, como dice el autor. (N. del T.)

Esto volvió á alejar á los devotos padres del fruto de sus trabajos que estaban ya á punto de coger. El duque Guillermo habia sido católico rígido y amigo de los jesuitas, y perseguía la nueva doctrina reformada hasta por medios brutales; pero su hijo y sucesor, Alberto V, se inclinaba á la tolerancia y le gustaban poco, segun decia, los «curas españoles.» Canisio entonces con astucia refinada aprovechó la circunstancia de haberse distinguido el nuevo duque en la realizacion del convenio de Passau y del establecimiento de la paz religiosa de Augsburgo, para hacerle presente que esta conducta no podría menos de hacerle en Roma sospechoso de herejía oculta, y que no habia mejor medio para librarse de semejante sospecha que favorecer á la Orden de Jesús. Estas consideraciones produjeron el resultado apetecido, y en el año 1555 fundó el duque en Ingolstadt un colegio de jesuitas dotándole de abundantes recursos. Entonces volvieron los padres al año siguiente á aquella ciudad, donde se hicieron al fin dueños de la universidad valiéndose de las intrigas, disputas y otros medios que empleaban en todas las universidades en las cuales se les admitía. Entonces se acabaron la libertad académica, la de enseñanza y de estudios; pues la universidad fué rebajada enteramente al nivel de un establecimiento jesuitico de instruccion. Ingolstadt se hizo un centro del jesuitismo, desde el cual éste extendió sus redes sobre toda la Alemania, porque esta carcoma se introduce por todas partes (3).

En el año siguiente se proyectó la fundacion de colegios de jesuitas en las tres ciudades principales de Baviera: Munich, Landshut y Stranbing; en 1559 se fundó el segundo colegio en Baviera (Munich); y entre 1570 y 1580 fué establecido el terreno en Landshut. Con la práctica de la enseñanza y con la propaganda refinada de los jesuitas, sus establecimientos florecieron rápidamente, al paso que iban quedando desiertas las escuelas de los poetas. Entretanto los jesuitas consiguieron establecerse tambien en Austria, si bien allí el terreno no les era tan favorable como en Baviera, país en el fondo todavía católico-romano, mientras en Austria la nobleza y el pueblo eran en su mayor parte afectos á la religion nueva. Los estamentos poseían en la mayor parte del país escuelas de comarca con carácter enteramente protestante, mientras que el clero católico era digno retrato del clero bávaro en lo ignorante y vicioso. En Austria solo faltaba que el soberano hubiese querido para establecer una iglesia austriaca-nacional; mas como el rey Fernando estaba completamente bajo la influencia del jesuita Le Jay, no pensó siquiera en semejante cosa; y muy al contrario aparecieron en Viena en la primavera de 1551, llamados por él, una docena de padres jesuitas extranjeros, á los cuales dió Fernando como morada provisional el convento de dominicos abandonado, donde los padres instalaron en seguida un establecimiento de segunda enseñanza. De esta manera se fundó la primera colonia de jesuitas en territorio austriaco, cuyo rector fué Le Jay. Cuando éste murió al año siguiente, Fernando consiguió que ocupara el puesto del difunto el padre Canisio, el cual obtuvo como en Baviera resultados igualmente brillantes para el jesuitismo y la propaganda ultramontana. Fernando, dominado enteramente por Canisio, cedió á la colonia jesuita el hermoso convento de los carmelitas de Viena, que estaba deshabitado, á fin de que en él estableciesen su colegio, dotándole con una renta anual de 12,000 florines. Dos años despues les cedió (1558) dos cátedras en la universidad de Viena, y permitió á Canisio transformar completamente la universidad.

(3) Estas y otras calificaciones que hace el autor prueban el fanatismo del sectario, no la imparcialidad del historiador. (N. del T.)

A medida que los jesuitas se fueron estableciendo mas y mas sólidamente en Viena, fundaron institutos destinados á educar á la juventud del país en su espíritu é interés, entre ellos un colegio de internos para mantener estudiantes pensionistas, un seminario para estudiantes de teología pobres y un instituto para educar jóvenes nobles. Fueron entonces vanas todas las protestas de la universidad y todas sus apelaciones á sus estatutos y privilegios, á su derecho de permitir é inspeccionar todas las escuelas; inútiles fueron tambien sus prohibiciones de frecuentar las escuelas de jesuitas, é inútil que la universidad no reconociera los grados conferidos en éstas, porque los jesuitas tenían de su parte el éxito y la proteccion del soberano.

Desde Viena extendiéronse los jesuitas á Bohemia, y en el año 1555 se establecieron en el convento de dominicos de Praga, que les habia cedido Fernando á ruegos de Canisio, y fundaron en él otro colegio que al cabo de algunos años, en 1562, convirtieron en academia ricamente dotada para los estudios teológicos y filosóficos. Esta institucion no tardó en conceder grados académicos á despecho de todas las protestas de la universidad de la capital de Bohemia, que estaba principalmente en manos de protestantes y calixtinos.

Tambien lograron poner el pié en el Tirol y en Hungría; debiendo á la influencia de Canisio que el rey Fernando les permitiera en el año 1561 fundar colegios en Tyrnau é Innsbruck dotados liberalmente por el soberano. Bajo el reinado de Maximiliano II fueron menores los progresos de los jesuitas en los territorios austriacos, no tanto porque este soberano se inclinó temporalmente al protestantismo, sino porque no queria indisponerse con ningun partido. Esto no le impidió resistir á la animosidad de los estamentos contra los jesuitas y á la peticion que le dirigieron en 1566 para que les expulsara, solicitud á la cual contestó el soberano que este era asunto del Papa, mientras á él le tocaba combatir á los turcos. Sin embargo, adoptó varias disposiciones para limitar la extension de los trabajos jesuiticos, é hizo varias concesiones á la oposicion luterana de los estamentos, permitiendo en el parlamento de la baja Austria del año 1568, á los señores y caballeros, el libre ejercicio de la confesion de Augsburgo en sus castillos y haciendas. No perdieron tampoco por esto los jesuitas, porque en el reinado de este soberano penetraron en la Moravia y abrieron en Olmutz un colegio de segunda enseñanza, que pocos años despues (en 1573) fué elevado á universidad.

Mas brillante fué la posicion de los jesuitas bajo el gobierno del emperador Rodolfo II, que, educado por ellos en España, estuvo enteramente bajo su influencia y muy particularmente bajo la del padre Lorenzo Magius, jefe de la provincia jesuita de Austria. Este soberano, apenas hubo empezado su reinado (en 1578), prohibió la libertad de cultos en las ciudades austriacas dependientes directamente de él, y favoreció á los jesuitas de todas las maneras posibles; les donó á perpetuidad el convento de Santa Ana en Viena con todas sus posesiones; les concedió una iglesia tambien en propiedad; facilitó el establecimiento (1581) de un colegio en Brunn en Moravia, y permitió que se estableciesen en Silesia y Glatz. En el año 1586 volvieron á Hungría, país que habian tenido que abandonar veinte años antes.

El tercer núcleo en Alemania de la actividad de los jesuitas fué la ciudad de Colonia, una de las primeras ciudades alemanas, en la cual procuraron establecerse. Allí fué donde Canisio, jóven todavía, y que habia ingresado poco tiempo antes en la Orden, mostró su celo y valor oponiéndose á las tendencias reformistas del arzobispo Hermann de Wied. Como prueba de lo mucho que interesaba á la Orden esta-

blecerse en aquella capital arzobispal, que ejercía grandísima influencia en todo el Noroeste de Alemania y en los Países Bajos, diremos que Pedro Le Fevre escribió desde España que prefería saber que sus compañeros estaban muertos de hambre en Colonia, que á sus anchas y regalados en cualquier otra parte. Existía en la ciudad un elemento robusto protestante que habia sido favorecido por el arzobispo citado y que tambien se mantuvo despues de su caída y se desarrolló todavía sin ser molestado por los católicos; pero en general predominaba en esta antigua ciudad y colonia romana el afecto á Roma, y no fué solo una simple frase el lema del sello de la ciudad de Colonia que la designaba como hija fiel de la Iglesia romana (*sancta Colonia Dei gratia Romana Ecclesiae fidelis filia*). Sin embargo, á pesar del carácter católico-romano de la ciudad y á pesar de los esfuerzos de los jesuitas, no lograron éstos establecerse sólidamente en ella ni lo consiguió el padre Leonardo de Lovaina; porque el consejo municipal, que no queria aumentar el número de las órdenes religiosas en la ciudad, los vecinos y la universidad, aunque católicos, no se mostraron favorables á los jesuitas, en los cuales solo vieron extranjeros, intrusos y perturbadores de la paz. Así la animadversion creció hasta estallar en un verdadero motin, que les obligó (1552) á despedir á todos sus alumnos. No por esto abandonaron su propósito, y la suerte les protegió. Jacobo Leichius, regente de una de las becas pertenecientes á la universidad, se habia casado á pesar de ser sacerdote, y se habia hecho tambien sospechoso de tendencias luteranas, lo cual dió lugar á una contienda entre él y la universidad, que concluyó con perder la universidad el derecho de proveer las becas. Entonces llegaron enviados por Loyola varios jesuitas á Colonia, entre ellos los flamencos Enrique Dionisio y Francisco Coster, y principalmente Juan de Reidt, hijo de Colonia y de familia patricia, que habia ingresado en la Orden por los cuidados del padre Leonardo y habia ido á Roma para concluir allí sus estudios. A este hijo de patricios, jóven de gran talento y de posicion distinguida en su ciudad, graduado en su universidad, el consejo universitario á instancia de sus parientes encargó por dos años, por vía de ensayo, la regencia de las becas en cambio de la promesa de no hacer propaganda en favor de la Orden de Jesús y de no faltar á los estatutos de la universidad. Este fué el origen de la beca de los jesuitas en Colonia, y aunque desde entonces estuvieron en continuas colisiones con otros establecimientos públicos de segunda enseñanza, y aun de particulares, porque les llevaban los alumnos; y á pesar de ponerse en contraposicion con el consejo universitario, porque al establecer su colegio de segunda enseñanza no atendieron á las disposiciones y estatutos de la universidad, sino únicamente á las reglas de su propia Orden, no fué ya posible hacerles abandonar la casa que habian alquilado, ni expulsarles tampoco de la universidad. Se titulaban regentes y profesores de la Sociedad de Jesús, y solo hacía fines del siglo dieron el nombre de colegio á su instituto de enseñanza.

El padre Reidt llamó continuamente nuevos colegas á Colonia, y gracias á él concentraron en sus manos la instruccion, hasta que finalmente se les dió la direccion superior de toda la enseñanza de la ciudad. Además les fué confiado un número regular de púlpitos, y en el año 1558 el arzobispo Juan Gerardo de Mansfeld les encargó el sermón de la mañana en la catedral.

Desde Colonia se extendieron por la cuenca del Rhin; en los años de 1560 y 1561 fundaron colegios suyos en Tréveris y Maguncia con auxilio de los arzobispos de aquellas capitales, y no pasó mucho tiempo sin que les fuesen confiadas algunas cátedras en la universidad de Maguncia. En Spira